



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11019

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 30 DE JULIO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CRONICA INTERNACIONAL

(De nuestro servicio especial.)

Al fin se descorrió el telón que ocultaba lo que nuestro gobierno tenía entre manos desde la destrucción de la escuadra de Cervera.

Para algunos no era un secreto las gestiones, extraoficiales primero y oficiales después, á que el gabinete Sagasta se dedicaba desde hace tiempo, para llegar cuanto antes á la paz.

A raíz de la rendición de Santiago de Cuba, acaso diciendo más de lo que nos era permitido, digámos que la paz se acercaba á pasos agigantados y con más presteza de lo que podía suponerse, dando con esto á entender mucho.

La iniciativa ha partido de nuestro gobierno, quien, por sus trabajos extraoficiales, conoce bien cuáles son las aspiraciones del de Washington, y por este motivo sabe muy bien donde va, y, sabe poco más ó menos, cuáles serán las condiciones en que se restablezca la paz.

Aunque no por todos sus actos, respecto á este asunto, merece aplauso nuestro gobierno, debemos todos dárselos muy sinceros por gestionar directamente la paz con los Estados Unidos.

De Washington habíase hecho saber á todo el mundo, que el poder ejecutivo de aquella república solo directamente negociaría la paz con España. Pero aunque Mac-Kinley no hubiera adoptado situación tal, su propio bien y su dignidad obligaban á España á prescindir en absoluto de los buenos oficios de las grandes potencias europeas, dando así á éstas su merecido, por su egoísta y criminal proceder en nuestra contienda con la América del Norte.

Que el camino emprendido para

ir á la paz es el más beneficioso para España, nadie debe dudarlo, pues á parte del correlative que las potencias nos habían de pagar por sus gestiones, los resultados que tuvo su intervención en las negociaciones de la paz greco-turca, nos han enseñado bastante. Además de esto, no creemos que la intervención de extraños aminore las exigencias de los yanquis, dada la cobardía que los grandes Estados europeos han demostrado en la presente ocasión.

Acaso nos resultará muy perjudicial su intervención ahora, porque de no conformarnos con las condiciones exigidas por los Estados Unidos, nos veríamos privados de someter la cuestión á un arbitraje.

No debemos hacernos ilusiones respecto á las bases de la paz. Nuestros enemigos son las más fuertes, y como á esto se une el poder que la victoria dá y el completo desamparo en que la Europa siempre tuvo á nuestra causa, sacarán todo el provecho que les sea posible, todo el que sea necesario para saciar sus desmedidas ambiciones, aunque éstas sean de gran magnitud.

Hé aquí, según los órganos yanquis que se tienen por semioficiales, las pretensiones de Mac-Kinley y sus ministros:

- 1.º Independencia de Cuba.
- 2.º Cesión de Puerto Rico.
- 3.º Cesión de la isla de Guam, la mayor de las Marianas.
- 4.º Cesión de una estación carbonera en Filipinas.

Si todo esto resultara ser el verdadero pensamiento del gobierno de Washington, bien claro está que el único objeto de la guerra, para los Estados Unidos, era despojarnos de lo que nos quedaba de nuestras antiguas colonias de América.

No debe extrañarnos que los yanquis se muestren tan parcos respecto al archipiélago filipino. Sa-

ben que Rusia y Alemania son hostiles á su establecimiento en las Filipinas, y como para la realización de futuros proyectos les basta tener una posesión en el camino de América á la Oceanía y una estación carbonera en los mares de la China, pretenden la cesión de las Marianas, si no todas, las más importantes, y un trozo de territorio en la isla de Luzón, para con la isla Hawaii poseer en Oriente estaciones para el aprovisionamiento de sus barcos, estaciones de valor inestimable en caso de una guerra en aquellas latitudes.

Estamos seguros de que si pretenden la independencia de Cuba bajo su protectorado, la anexión de Puerto Rico y de las Marianas y una estación carbonera en la isla de Luzón, lo conseguirá: somos los más débiles y vivimos sin apoyos y rodeados de pueblos que ambicionan lo poco que nos queda de nuestro antiguo poderío nacional.

No nos apuremos, pues el tiempo, que es el mejor juez que sobre la tierra existe, dará su merecido á los ambiciosos que con tan frío estoicismo y con tan criminales miras, han permitido que á fines del siglo XIX, del siglo llamado de las luces, del progreso, cuando en todas partes se escuchan anatemas contra las guerras, se lleve á cabo un despojo sin ejemplo, si no se busca en los actos de los piratas argelinos de la Edad Media.

GIL BOPHEX.

EPIGRAMAS

Cierto mozo bravucón,
Por echarlas de valiente
Hizo en globo una ascensión,
Y escapó de la escaración
Casi milagrosamente.
Y así que hubo descendido
Le dijo uno:—¿Qué has sentido
Por esas alturas?—Di—

Y él respondió:—Pues sentí
Muchísimo... haber subido.

Quoriendo en su pueblo dar
Una corrida sin par
Cierta alcaide muy torero,
Así escribió al ganadero
Los bichos al encargado:
«Mi querido don Quidés:
Necesito á fin de mes
Seis toros de lo mejor;
Y mande á éste que lo es
Suyo amigo, Nicanor.

De su enlace realizado
Dio parte ayer don Severo,
Y hoy siente no haberlo dado
Todo entero.

—Acúsome, padre Esquer,
Dijo con rubor Nemesia,
Que de vigilia al comer
Raros ruidos suelo hacer
Hasta dentro de la iglesia.
Y al argüirle el confesor
Que eso lo hacen ¡oh dolor!
Los judíos, con porfías
Ella exclamó:—No señor;
Eso lo hacen las judías.

Por burlarse cierto hipócrates
Del boticario don Régulo,
De contradicción espíritu
Pidió un frasco al farmacéutico.
Y éste, sin turbarse un ápice,
Llamándola con estrépito,
Mostró á su mamá política
Y dejó corrido al médico.

La suerte ensalza Belén
Que en su boda le ha cabido,
Deciendo: ¡Menudo tren
Es el tren de mi marido!
Y pronto salta á la vista
Que no miente la consorte,
Pues su esposo es maquinista
Del ferrocarril del Norte.

Aunque dió á más no poder
A su suegra y su mujer,
Para sus tumbas ornar
Fue Pepe Huertas ayer
Dos coronas á comprar.
Muestras sacó el funerario
De siempre vivas á Huertas,
Y éste exclamó atrabiliario:
—De esa clase, no, ¡jorronario!
Démelas de siempre muertas.

CARLOS CANO.

GLORIAS NACIONALES

Rendición de Rhingberg
(Flandes).

29 de Julio de 1601.

Aprovechándose Mauricio de Nassau de la derrota que el 2 de Julio de 1600 sufrió el archiduque Alberto en las Dunas, y de lo ocupado que este se hallaba con los preparativos del sitio de Ostende, puso sitio á Rhingberg con 20000 combatientes, á la sazón en poder de los españoles y defendida por 1200 infantes y 100 ginetes, al mando del capitán Luis Bernardo de Avila.

Esta plaza de las antiguas posesiones españolas en Flandes, hallábase bien fortificada, y á esto unido el tosón y la bravura con que su guarnición la defendía, opuso una resistencia tenacísima y heroica á las tropas rebeldes.

Durante los diez meses que duró el sitio, Mauricio de Nassau la batió por cuantos medios le era posible.

Las minas y el incendio causaron horrible estrago en la ciudad corcana, mas no por esto aquel puñado de valientes decayeron en la defensa; cada día más briosa y enérgica hasta el extremo de que, según confesión propia, el jefe de los rebeldes hubiera levantado el sitio de no haber hecho cuestión de honor apoderarse de la plaza.

Al cabo de tanto tiempo de incesante pelear, los españoles, diezados por la lucha, el hambre y el cansancio, y sin haber recibido auxilio de ningún género durante el sitio, llegaron á una situación tan precaria que les fué imposible continuar por más tiempo la resistencia de no pretender morir los pocos que sobrevivían á tan ruda y larga defensa.

Como recompensa á su heroico comportamiento, Mauricio de Nassau pactó la capitulación en condiciones honorabilísimas para ir donde tuviera por conveniente.

MAESE RODRIGO.
(Prohibida la reproducción).

AMORTIZACION DE LA DEUDA

IV
(De nuestro servicio especial)
Con sólo saber las cuatro reglas de aritmética, cualquiera puede compro-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1122

un modo horrible. No; no concibo que sea el amor quien os haya inducido á robarme del tranquilo retiro que habitaba. Si por desgracia es así, sea mi inocente hijo el escudo de su madre... no; no seréis tan cruel que quiteis la vida á este ángel del cielo.

Así se sonrió de un modo glacial.

—No temáis eso, murmuró sordamente.

—Entonces, contestó Ana aturdida; ¿por qué me lleváis lejos de mi hermano y de mi país?

—Es un decreto del destino.

—¡Oh!

—Mirad, continuó Asima señalando la indeterminada superficie del Mediterráneo y el nebuloso confluente del horizonte, no pretendáis sondear el abismo de vuestro porvenir. ¿Veis ese cielo cargado de nubes, esas olas solitarias que se estrellan á nuestros pies con estruendo pavoroso, ese moribundo crepúsculo que tinte con sus lividas ráfagas los límites del mar? Pues todo es más claro que vuestra suerte. No es mi voluntad la que os conduce; es la Providencia. Esta noche cruzaréis esa vasta extensión que se mueve y agita á nuestros pies; mañana... ¡Oh! ¡quien sabe lo que sucederá mañana!

Estas palabras cayeron sobre el corazón de Ana como si hubiese sentido el peso de una roca de plomo.

CARLOS II EL HECHIZADO

1123

—¡Hijo mío!... ¡hijo mío! gritó aquella madre ahogada de dolor y estrechando contra su seno á la inocente criatura que lloraba.

Pero su voz suplicante y desesperada, su actitud dolorosa y abatida, su terror inconcebible, todo desapareció en el fondo del carruaje, el cual se precipitaba como un rayo hacia el cabo de Creus.

El huracán y la noche lo envolvieron todo. Cuando se iba haciendo más rápida la marcha de la silla de posta, sintióse la violenta carrera de un caballo que se lanzaba detrás de ella como si fuese conducido por un espíritu infernal.

Así sintió aquella carrera, y toda su sangre se agolpó al corazón.

No bien había asomado su cabeza por una de las ventanillas del carruaje, cuando vió á un ginete, que apesar de la oscuridad que se iba extendiendo, creyó conocerlo.

—¡Maese Angelo! exclamó con el cabello erizado después de un momento de duda.

—Corred... corred, contestó este siguiendo la marcha de la silla... Nos persiguen.

—¡Truenos y rayos! eso es imposible, replicó Asima asombrado.

—No lo es por desgracia.

—¿Y quiénes son?

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1126

fantástica cordillera que separase al mundo material de un mundo desconocido.

Sarcaba de vez en cuando aquella hacinación tempestuosa un fugaz relámpago que rasgaba con clarísimo resplandor las profundidades del cielo; después, como si Dios hubiese querido conceder un momento de pasmo á la naturaleza, dejaba pasar un corto intervalo, hasta que rodaba un trueno prolongado que se dilataba sobre los horizontes, lanzando explosiones cual si fuesen cañonazos de alarma.

El mar, cada vez más agitado por el soplo del vendabal, se alzaba en anchas ondas que corrían como inmensos levitantes á estrellarse contra aquellas rocas solitarias. Confundidos los límites más lejanos del paisaje, en una oscuridad impenetrable, como la de un caos, solo aparecían cuando el fuego livido de la borrasca inundaba de fantástica luz las líneas severas de aquellos peñascos y los agudos conos de los Pirineos.

Entonces velase masas prolongadas enrojecidas como el cobre candente; el mar se asemejaba á un golfo de lava, y los riscos de la orilla á los escormentos volcanizados de un érater. Todo esto que resplandecía en un átomo de tiempo, que brillaba y se extinguía como la aparición de un mundo inco-